

Los economistas católicos en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX: entre el desvanecimiento de una identidad religiosa y la profesionalización secular

[The Catholic Economists in the Argentina during the Second Half of the XXth Century: between the Fading of a Religious Identity and the Secular Professionalization]

Omar Acha

(Universidad de Buenos Aires – CONICET)

omaracha@gmail.com

Resumen

La trayectoria de los economistas católicos en la Argentina atravesó el siglo veinte con notorias modificaciones en sus identidades religiosas y profesionales. Desde la obra pionera de un católico social como Alejandro Bunge y la formación de la Corporación de Economistas Católicos a fines de la década de 1930, después del primer peronismo que los encontró divididos, sus horizontes intelectuales cambiaron y también se modificó el modo de vincular saber económico y adhesión religiosa. La “cuestión social” perdió la preeminencia precedente y fue dando paso a una profesionalización secular donde se mezclaron diversas orientaciones, sin perder la preocupación “ética” que caracterizó la auto-identidad de los economistas católicos amparados en la doctrina social de la Iglesia. La creación de la carrera de Economía en la Universidad Católica Argentina desplazó la visibilidad de la Corporación y los economistas de creencia católica cedieron en la fuerte impregnación entre saber y fe que aún autores como Francisco Valsecchi consideraban inevitable. Devino una convicción personal y así se secularizó.

Palabras claves: economistas – catolicismo – intelectuales – secularización

Abstract

The trajectory of the Catholic economists in Argentina through the twentieth century shows notorious transformations in their religious and professional identities. From the foundational work of the social catholic Alejandro Bunge and the Corporación de Economistas Católicos in the late thirties, and after the end of Peronist decade that divided them, their intellectual horizons changed, and the way of connecting economic knowledge and religious belief too. The “social question” lost the previous relevance and coexisted with a secular professionalization related to different orientations, even if the “ethical” bias characterizing the self-identity of the catholic economists supporting the social doctrine of the Church remained alive. The development of economic studies in the Universidad Católica Argentina deplaced the visibility of the Corporation and the economist of catholic belief circumscribed to the individual faith, and secularizing it, the strong link between knowledge and belief that authors like Francisco Valsecchi still considered essential.

Keywords: Economists – Catholicism – Intellectuals – Secularization

Recibido: 02/04/2014

Evaluación: 03/07/2014

Aceptado: 08/09/2014

Los economistas católicos en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX: entre el desvanecimiento de una identidad religiosa y la profesionalización secular¹

Este artículo reconstruye el itinerario sociocultural y conceptual de los economistas católicos de la Argentina en la segunda mitad del siglo veinte. Diversos estudios han mostrado la importancia fundacional en la gestación de una opción “católica” en el discurso económico durante los años veinte, treinta y cuarenta del siglo veinte.² El nombre del ingeniero, estadígrafo, sociólogo y economista Alejandro E. Bunge (1880-1943) fue fundamental en ese itinerario, el que encontró una referencia institucional con la fundación en 1938 de la Corporación de Economistas Católicos.³ Esta Corporación, vinculada a las redes asociativas de la Acción Católica Argentina, reunió periódicamente a los economistas católicos argentinos bajo el marco conceptual de la adhesión a un saber económico regido por la Doctrina Social de la Iglesia.⁴ Paralelamente, y en contacto con la Corporación, la línea de Bunge continuó activa incluso después del fallecimiento de su referente decisivo en 1940 y se constituyó como Instituto de Investigaciones Económicas “Dr. Alejandro Bunge”, del que surgió una camada de economistas que adhirió al gobierno militar de 1943 y luego incidió en el proyecto industrializador del primer peronismo.⁵ Menos claramente afín al peronismo, la figura de Francisco

¹ Agradecemos los comentarios del referato de este artículo pues ha permitido mejorar sus argumentos.

² Hemos analizado el recorrido secular del sector en ACHA, O., “Los profesionales católicos en la realidad política argentina: el caso de los economistas durante el siglo XX”, en *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, San Carlos de Bariloche, Universidad Nacional del Comahue, 2009. Cuando en este texto referimos al pensamiento económico católico delimitaremos su alcance estrictamente a quienes se consideraron “economistas”. Las posturas y discursos sobre la economía en otros ámbitos del amplio espectro del catolicismo no serán considerados pues ello implicaría una investigación de otra naturaleza.

³ PANTALEÓN, J., “El surgimiento de la nueva economía argentina: el caso de Bunge” (pp. 175-201), en F. NEIBURG y M. B. PLOTKIN (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, 2004; sobre Bunge: GONZALEZ BOLLO, H., *La teodicea estadística de Alejandro E. Bunge (1880-1943)*, Buenos Aires, 2012.

⁴ DE LAFUENTE, R., “Las corporaciones profesionales”, *Boletín de la Acción Católica Argentina* n° extraordinario, abril de 1951. Sobre el catolicismo y el laicado: BIANCHI, S., “La conformación de la Iglesia Católica como actor político-social. Los laicos en la institución eclesiástica: las organizaciones de élite (1930-1950)” (pp. 143-161), *Anuario del IEHS* 17, 2002.

⁵ BELINI, C., “El grupo Bunge y la política económica peronista, 1943-1952” (pp. 27-50), *Latin American Research Review* 41 (1), 2006.

Valsecchi (1907-1992), de cercanos vínculos con la jerarquía eclesiástica católica, fue logrando autoridad entre los economistas de la Corporación.⁶

El decenio peronista impuso a los economistas católicos un desafío para conciliar sus convicciones religiosas, que pronto entrarían en tensión con el gobierno, con una política peronista al menos durante sus primeros años identificada con la Doctrina Social de la Iglesia.⁷ Las actitudes de los economistas católicos, si bien ampliamente simpatizantes del peronismo, no fueron unívocas. En ellos podemos mencionar, además de a Moyano Llerena y Valsecchi, a Emilio Llorens, Rafael García Mata, César Belaúnde, Carlos Correa Ávila, Pedro Arrighi y Eduardo A. Coghlan. El entusiasmo generado por la pertenencia desde 1947 a la refundada organización mundial de católicos intelectuales, Pax Romana, se diluyó ante un contexto donde un gobierno que creían solidario con el catolicismo construía su propia hegemonía, en la que el fundamento cristiano era subordinado a un cimiento político autónomamente peronista.

Lo cierto es que tras el derrocamiento del peronismo en 1955 las inclinaciones industrialistas de los economistas católicos cedieron terreno pues en el clima político-cultural aquellas eran asociadas al peronismo. Esas inclinaciones que habían sido –otra vez, no siempre de manera uniforme– un puntal en sus propuestas de reforma de una economía argentina “liberal” y “agroexportadora”, fueron desplazadas por otras concepciones. El objetivo del presente estudio es seguir las peripecias desde entonces acontecidas en la trayectoria de los economistas católicos.

La hipótesis de trabajo sostiene que los economistas católicos transitaron desde una perspectiva crítica de la economía y sociología nacionales en los años treinta hacia un discurso antipopulista y desarrollista, no sin una creciente aceptación de temas liberales. Del rol crucial asignado a las políticas públicas en las décadas precedentes se transitó a la búsqueda de un equilibrio entre Estado y mercado. Por otra parte, también se verificó una mutación de las prácticas institucionales: sin abandonar la presencia en la administración pública, la cátedra universitaria, el asociacionismo profesional católico, y en las décadas finales del siglo veinte y en el inicio del siglo veintiuno la asesoría especializada del empresariado fue ocupando un rol cada vez más eminente.⁸ La actuación de estos economistas en el Estado estuvo condicionada por estos cambiantes énfasis. No obstante, el mencionado tránsito sociocultural no excluye la persistencia de una identificación con la aspiración católica de neutralizar el

⁶ ACHA, O., “Francisco Valsecchi y las peripecias de una axiología económica católica en la Argentina del siglo XX” (pp. 61-77), *Anuario Cuyo de Filosofía Argentina y Americana* 28 (1), 2011.

⁷ CAIMARI, L., *Perón y la Iglesia Católica*, Buenos Aires, 1994; ZANATTA, L., *Perón y el mito de la nación católica*, Buenos Aires, 1999; BIANCHI, S., *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina 1943-1955*, Tandil, 2001.

⁸ Al respecto cabe señalar que se trata de un rasgo común a la profesión y muestra hasta qué punto los economistas católicos participaron de una funcionalización de la profesión con el orden económico. En otras palabras, la transición hacia un asesoramiento técnico-económico constituyó una característica del saber economista como tal.

comunismo y corregir los excesos individualistas del capitalismo. La singular tensión entre la “Doctrina Social de la Iglesia” y las teorías económicas que crecientemente van incorporando la tesis de la auto-regulación mercantil, una tensión vigente en las décadas centrales del siglo veinte, se constituyó luego de la caída de la Unión Soviética en un matiz inocuo, en una noción de “economía” que tolera el enfoque neoclásico prevaleciente en los ámbitos académicos aunque agrega el reclamo de una responsabilidad social. Otra manera de plantear este pasaje puede ser representado como la transición desde una economía política a una teoría de la “ética empresarial”. En cambio, desde el plano identitario y epistémico, el tránsito puede ser considerado como partícipe de una secularización del sector: la creencia religiosa pasó a ser un rasgo privado y los saberes se situaron en un marco de legitimación con aspiraciones científicas y técnicas.⁹

La argumentación consta de secciones y una conclusión. En la siguiente sección se reconstruye el viraje conceptual producido luego del derrocamiento del gobierno peronista en 1955. Se plantean los acercamientos a razonamientos desarrollistas y su temprana crisis, así como las ambivalencias de una participación en los debates económicos de los años sesenta, hasta alcanzar al corte histórico del golpe militar de 1976. La figura rectora en este periodo fue la de Carlos Moyano Llerena (1914-2005), activo durante el primer peronismo y referente de la economía católica en las décadas siguientes. La segunda sección analiza el recorrido que conduce desde fines de los años setenta a tiempos contemporáneos, en los que la economía “católica” cede en capacidad de devenir orientación en las políticas económicas y rescinde un antiliberalismo económico previamente vigoroso, para adoptar una impronta de ética microeconómica. En las conclusiones se esbozan reflexiones sobre la curva conceptual y profesional en el prolongado desvanecimiento de la figura del “economista católico”.

El intervencionismo estatal y la crítica del populismo

Son varias las razones que condujeron al viraje teórico e ideológico del pensamiento económico católico después de 1955. A la crisis del catolicismo con el peronismo debe agregarse el reordenamiento de la situación mundial que conllevó la Guerra Fría. La ruptura final de la alianza de los sectores católicos con el peronismo en el período 1954-1955 pareció confirmar las prevenciones de los más escépticos. En otras derivaciones, abrió la puerta a una mayor desconfianza respecto de las fórmulas populistas orientadas hacia el mercado interno, la industrialización por substitución de importaciones y una redistribución del ingreso. Este plano del desencanto se explica en parte por las contradicciones de la economía política peronista, en la que pronto reveló

⁹ El concepto de secularización es adoptado del vocabulario teórico weberiano para referir a la caída de una garantía metafísica de la experiencia (“desencantamiento”) y la constitución de espacios de legitimidad autónomos. En este caso implica la secularización de la economía como disciplina “científica” o “técnica” y sus efectos en el saber económico católico: WEBER, M., *El político y el científico*, Madrid, 1967.

sus límites la apuesta por un mayor consumo popular como motor de la producción industrial y la modesta capacidad de acumulación e inversión internas. La preocupación por la “cuestión social” fue cediendo relevancia a favor de la búsqueda de un incremento de la productividad, que comenzó a ser pensada como la condición de posibilidad de la “justicia social”, término que se tornó cada vez menos ostensible en el léxico de la economía católica. De todos modos, el cambio conceptual fue gradual. Así lo muestra una intervención de Francisco Valsecchi en el Consejo Superior de la Asociación de los Jóvenes de la Acción Católica, un mes después del derrocamiento de Perón. En esa oportunidad llamó la atención sobre la mentalidad del “trabajo” tras el “régimen peronista”. Los rasgos de esa mentalidad eran la pérdida del sentido de la jerarquización, la desconfianza ante las nuevas autoridades, el resentimiento hacia otras clases y el odio a la Iglesia. Ante ello propuso difundir la Doctrina Social de la Iglesia, crear núcleos sindicales similares a la Juventud Obrera Católica (JOC), favorecer la participación obrera en partidos políticos y propender a servicios sociales diocesanos y parroquiales.¹⁰ No es especialmente en Valsecchi donde, entonces, deben rastrearse los cambios en curso.

La palabra clave comenzó a ser el “desarrollo” industrial, basado en el ingreso de capitales extranjeros, el control de la inflación y la aludida mayor productividad del trabajo. La noción había llegado incluso al propio órgano oficial de la Acción Católica.¹¹ La pregnancia del paradigma bungeano fue desplazado por perspectivas por entonces próximas al desarrollismo, como las de Carlos Moyano Llerena (aunque veremos que planteó importantes diferencias con la gestión frondizista), o por una visión más tecnocrática y menos orientada por los temas de entreguerra sobre una tercera vía entre el capitalismo y el comunismo.

La segunda vertiente estaba más estrechamente atendida a la constitución de un campo universitario de la economía, facilitada por la creación de la licenciatura en Economía Política y la internalización del conocimiento propio del periodo desarrollista.¹² Estas dos posiciones dan cuenta de una oscilación que comenzó a desdibujar al pensamiento económico católico, incapaz de proponer, en contraste con el impulso práctico del Instituto “Bunge”, una política económica específica. Tornó cada vez más evidente la dificultad para definir una perspectiva crítica del capitalismo desde las estipulaciones de la Doctrina Social de la Iglesia.

El tradicional denuedo del comunismo continuó y aún se radicalizó al calor de la movilización social y cultural que se fue produciendo en el carril de la crisis impuesta

¹⁰ VALSECCHI, F., “Los problemas sociales del momento”, esquema dactilogr., 24 de octubre de 1955, Archivo Valsecchi (Universidad Católica Argentina), 8/42.

¹¹ “La Acción Católica y la evolución económica y social de la Argentina”, *Acción Católica* 433-434, abril-mayo de 1961; “Metas del desarrollo económico en relación con la doctrina social cristiana”, *Acción Católica* 441, diciembre de 1961.

¹² Ver: NEIBURG, F. y PLOTKIN, M. B., “Los economistas. El Instituto Torcuato Di Tella y las nuevas élites estatales de los años sesenta” (pp. 231-264), en F. NEIBURG y M. B. PLOTKIN (comps.), *Intelectuales y expertos...*, op. cit.

por la prohibición del peronismo. La vieja contraparte de crítica del “capitalismo”, pero no contraria al capital, deseosa de un equilibrio en la justicia social, había sido expropiada por el peronismo. Los intelectuales católicos se inclinaron por la colaboración con un desarrollo industrial que posibilitara una redistribución del ingreso nacional compatible con la expansión económica.

Mientras tanto, los emplazamientos institucionales de los economistas católicos se diversificaron. Las articulaciones en organizaciones mezclaban adscripciones culturales, religiosas, profesionales y de clase, de maneras diferentes y con frecuentes entrecruzamientos. Los espacios de coexistencia eran múltiples, ya desde la segunda mitad de la década peronista, tales como la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresas, la Acción Coordinadora de Instituciones Empresariales Libres o, luego, el Consejo Económico Argentino, diversas fundaciones, consultorías y universidades. La Corporación vio raleadas sus filas y sus actividades fueron intermitentes. Uno de sus miembros destacados, Valsecchi, fue incorporado en 1956 a la Academia de Ciencias Económicas, donde ocupó el escaño antes utilizado por Bunge.¹³

Con el acercamiento católico al universo económico liberal, con el que se mantenían distancias teóricas, cada vez más de corte “ético” y con débiles consecuencias en la noción de política económica, se produjo un doble proceso de especificación. Por un lado, los economistas se integraron a los cuadros técnicos funcionales a la reforma económica sostenida bajo la perspectiva general de una desperonización de la Argentina. Por otro lado, participaron del proceso de profesionalización de los economistas y de la conformación de espacios de interlocución autónomos. Así fue que en la conformación en 1957 de la Asociación Argentina de Economía Política se mezclaron liberales, nacionalistas y católicos tales como Juan E. Alemann, Roberto T. Alemann, Julio Broide, Benjamín Cornejo, Aldo Ferrer, Francisco García Olano, Juan José Guaresti (h.), Carlos C. Helbling, Carlos Moyano Llerena, Julio H. G. Olivera, Federico Pinedo, Oreste Popescu, Ovidio Schiopetto y Francisco Valsecchi. Al mismo tiempo, con la autorización de la emisión de títulos oficiales por universidades privadas se inició un proceso de acumulación sistemática de intelectuales católicos que habría de tener una notable incidencia en las décadas posteriores. El primer núcleo de la nueva red académica, constituida en la Universidad Católica Argentina, contó con la guía de Valsecchi y Moyano Llerena.¹⁴

Como se anticipó, la figura del postperonismo que mantiene un lazo con la identificación católica en economía fue durante tres décadas la de Carlos Moyano Llerena.¹⁵ La publicación periódica representativa del período fue la por él fundada

¹³ VALSECCHI, F., *Los valores humanos de la economía*, Buenos Aires, Academia de Ciencias Económicas, 1957.

¹⁴ Para un contexto de este momento de la intelectualidad católica en la Argentina es indispensable: ZANCA, J., *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad (1955-1966)*, Buenos Aires, 2006.

¹⁵ LLOSAS, P. H., *Carlos Moyano Llerena, un pensador multidisciplinario*, disponible en www.aaep.org.ar/espa/anales/works06/LlosasHernan.pdf [acc. 25/6/2009].

Panorama de la Economía Argentina.¹⁶ El primer elemento sobresaliente en la “Presentación” de su número inicial de 1957 era la interconexión entre el intervencionismo estatal, los perjuicios ocasionados por los problemas sociales y la “interferencia” de la política. Esas indicaciones revelan que en el pensamiento de Moyano Llerena la precedente influencia del intervencionismo estatal había perdido gran parte de su atractivo. El director de *Panorama* afirmó que la primacía de la política en la definición de una política económica regida por una irresponsable noción de redistribución conducía a que la ausencia de incentivos a la inversión condujera al reparto de la pobreza y no de una riqueza mayor basada en una creciente productividad. El “sujeto económico” actuante en ese contexto de inequívocas referencias al peronismo, escribió, necesitaba una mayor y más precisa información. La sola teoría era incapaz de auxiliar al dirigente de empresa. El objetivo central de la publicación consistía en la elaboración de las tendencias económicas que permitieran una mejor toma de decisiones empresariales. La inclusión de secciones sobre índices fundamentales, como los de la “actividad económica” y los “ingresos monetarios” pretendían colaborar en el esclarecimiento de los dirigentes.¹⁷ Esta declaración representó con claridad un cambio fundamental en la posición del economista católico. Su actuación estatal seguía siendo relevante. Sin embargo, se estaba consolidando su adscripción técnica a la acumulación de ganancias empresariales. Este aspecto había sido lateral en la definición de las posturas propiamente económicas en décadas anteriores. Después de 1955 se hizo preeminente y los economistas católicos comenzaron a devenir intelectuales de la clase empresarial.

Las gestión empresarial como un eje categórico del pensamiento económico católico puede ser rastreado en textos y prácticas institucionales de la inmediata postguerra. La sociología de la empresa fue un tema introducido por José Enrique Miguens gracias a su formación en universidad norteamericana. El matiz organicista de su enfoque era preeminente. Miguens criticaba la noción contractualista de la empresa. Quienes “ingresan” a esa organización, sostuvo Miguens, “son partes de un todo en el que, como su nombre lo indica, participan”.¹⁸ El propietario disponía del “papel normal” para determinar el plan de producción, pero eso suponía una “gran distancia” respecto de someter las “vidas humanas” a la razón técnica, la “lógica de la eficiencia” y el “interés económico”.¹⁹

En octubre de 1950 la Acción Católica Universitaria de Ciencias Económicas organizó la Primera Semana Económico-Social Universitaria alrededor de la temática empresarial. Hablaron en la ocasión Valsecchi, Miguens, Evaristo Piñón Filgueira, Luis M. Seligmann Silva y Carlos A. Lenna. La conferencia de Valsecchi, titulada “La

¹⁶ Una selección de los textos de Moyano Llerena e informes especiales en *Vigencia de una visión. El aporte pionero de la revista Panorama de la Economía Argentina – 1957-1970*, Buenos Aires, 1994.

¹⁷ “Presentación”, *Panorama de la Economía Argentina* (en adelante: PEA) 1, mayo de 1957.

¹⁸ MIGUENS, J. E., *Introducción a una sociología de la empresa industrial*, Cuadernos del Instituto de Sociología. Serie C, Buenos Aires, 1948, p. 26.

¹⁹ *Ibid.*, p. 29.

estructura económica de la empresa”, subrayó que se estaba insinuando “estos últimos años” la necesidad de introducir reformas en lo microeconómico. Recordó las recientes palabras de Pío XII ante patronos católicos en las que el pontífice había estipulado que “la empresa pertenece al derecho privado y no al derecho público”.²⁰ Si bien Valsecchi se presentaba plenamente compenetrado con el discurso de la “nueva cristiandad” y reiteraba que ante los “nuevos bárbaros” la Iglesia disponía de mártires, la alternativa ante el liberalismo y el socialismo era compatible con la autoridad del empresariado.²¹ Dos años más tarde, el propio Valsecchi expresó en la V Semana Social Argentina, realizada en Mar del Plata, que en la posguerra se ha impuesto una tendencia a una mayor “valorización del trabajo en el seno de la empresa”, lo que conducía a su reforma. Como Miguens, sostuvo que la empresa “coordina” el capital y el trabajo. Se preocupó por reafirmar la propiedad privada y negar el “derecho natural” de los obreros a participar de los beneficios empresarios y la administración. En todo caso, las dos demandas obreras debía ser el fruto de acuerdos voluntarios entre las partes. Es importante destacar que para Valsecchi la propiedad privada debía ser complementada con la afirmación de la “función social” de la misma.²²

El postperonismo supuso, entonces, una vigorización de la tendencia pro empresarial dentro de un discurso católico global que afirmaba el equilibrio entre capitalistas y trabajadores. En este punto es preciso recordar la advertencia de Ludwig Wittgenstein sobre que el significado de las palabras no se dirime por un supuesto sentido trascendente, intrínseco, sino por las prácticas en que son empleadas. Dentro de tal perspectiva, el significado católico del tema empresarial depositaba en los propietarios de capital una afinidad incuestionable. Es lo que muestran las Terceras Jornadas Nacionales de Profesionales de Acción Católica, realizadas en noviembre de 1958 en Mendoza, dedicadas a los “Problemas humanos de la empresa”. Los intelectuales de orientación económica tuvieron una importante participación (Valsecchi, Francisco García Olano, Belaúnde, Miguens). La alocución de Valsecchi reiteraba el conocido motivo de la empresa como “unidad económica” de coordinación. De acuerdo a esa definición, “la empresa ha existido siempre”. Pero en la época moderna era necesario imprimírle una “finalidad humana y cristiana”, con la que alcanzaría la “perfección completa”. En efecto, la empresa comenzaba a ser el sujeto social predilecto de la economía católica: “La empresa, que es el personaje más importante de la vida económico-social moderna”, aseguraba Valsecchi, “debe estar,

²⁰ Tres alocuciones de Pío XII durante estos años confirmaron la necesidad de constituir un discurso accesible al empresariado: el 7 de mayo de 1949 ante la Unión Internacional de Asociaciones Patronales Católicas (esta es la referida por Valsecchi), el 3 de junio de 1950 en el Instituto Internacional de Ciencias Sociales y Políticas, y el 31 de enero de 1952 ante la Unión Cristiana de Dirigentes de Empresa.

²¹ VALSECCHI, F., “La estructura económica de la empresa”, dactilogr., Archivo Valsecchi 8/41 (depositado en la Universidad Católica Argentina).

²² VALSECCHI, F., “El trabajo y la reforma de la empresa”, dactilogr., Archivo Valsecchi, 8/41.

pues, impregnada de un alto *sentido humano y cristiano*, si quiere ser un eficaz elemento de orden en este mundo convulsionado”.²³

La reacción contra la década peronista distanció a los economistas católicos de las moderadas tendencias redistributivistas que habían introducido en su discurso desde 1943. Fueron aceptando con creciente nitidez la capacidad reguladora del capital (que para el pensamiento católico todavía debía ser distinguido del *capitalismo*), cuyas condiciones de optimización de la ganancia empresaria no debían ser neutralizadas por una concepción “demagógica” de los derechos de los trabajadores. Los empresarios, por su parte, debían renunciar al gesto de obtener ganancias fáciles gracias a las prebendas estatales. Ambos sectores, uno abandonando las demandas injustificadas, y el otro exponiéndose a la competencia en base a criterios de eficiencia, debían someterse al objetivo de acrecentar la productividad. En términos macroeconómicos, la única solución a los dilemas económicos argentinos residía en la exportación de bienes industriales. Esta convicción, que implicaba una apertura al mercado mundial y la resignación de cualquier tentación autárquica, se convirtió en una definición desde entonces incuestionable. Con ello se imprimía nuevos contornos a una idea ya presente en el pensamiento de Bunge. Una fuerte ruptura con el paradigma bungeano fue mayor en el desplazamiento de la cuestión demográfica. Para Moyano Llerena las deficiencias económicas no tenían un fundamento en la composición poblacional de la Argentina.²⁴ Una huella más sólida de aquél paradigma fue la atención a las inequidades regionales, que persistieron hasta el final de su vida. Como en Valsecchi, estas desigualdades fueron más importantes para resolver el problema del subdesarrollo que las relativas al consumo de las clases sociales.²⁵

Con la llegada del gobierno de Arturo Frondizi en marzo de 1958, Moyano Llerena percibió “una nueva oportunidad”. Su postura coincidía de manera general con los trazos fundamentales del “desarrollismo”, aunque criticaba sus vacilaciones políticas. También observaba incoherencia en sus planteos. En este punto, mantenía validez la función del Estado para diseñar un “plan nacional de desarrollo”, que lejos de la fórmula peronista, fomentara las condiciones para la optimización de la valorización del capital en áreas preferenciales. La política económica deseable debía combinar el control de la inflación, el ingreso de capitales extranjeros, el equilibrio de la balanza de pagos, el aumento de la productividad y la disciplina en las relaciones laborales. Sobre todo, atacó la utilización de reglamentaciones, cuotas y controles “meramente extrínsecos”.²⁶ El pensamiento de Rogelio Frigerio, orientador del frondizismo, carecía a ojos de Moyano Llerena de la capacidad de reconocer la necesidad de constituir una capacidad exportadora que neutralizase el atoramiento de la balanza de pagos. El

²³ VALSECCHI, F., “Concepción integral de la empresa”, dactilogr., Archivo Valsecchi, 8/41.

²⁴ MOYANO LLERENA, C., “Las reglas del juego”, *PEA* 29, primer trimestre de 1966.

²⁵ VALSECCHI, F., “Memorandum sobre la Acción Católica y la ‘Mater et Magistra’”, dactilogr., 10 de setiembre de 1962, Archivo Valsecchi, 8/43.

²⁶ MOYANO LLERENA, C., “Una nueva oportunidad”, *PEA* 4, marzo de 1958.

mayor límite que detectaba en la política desarrollista era la dificultad para sostener los inevitables perjuicios para el mencionado balance que conllevarían el giro de utilidades y la posible salida de los capitales extranjeros. Por lo tanto, concluía Moyano Llerena, “la mayor parte de los capitales industriales debe, generalmente, obtenerse del ahorro nacional”.²⁷ Mas como fue dicho, el gran problema era la ausencia de una línea clara de política y de autoridad, en un contexto de evidente descontento social. Frondizi no parecía apto para asegurar una situación estable de dominio sobre una clase trabajadora excesivamente protestataria. En 1962, el director de *Panorama* se revelaba partidario de un nuevo golpe de estado militar.²⁸

Con el avance los años sesenta el lenguaje de la “modernización” fue adoptado sin reticencias, a pesar de las reservas ante las simplificaciones “liberales” y la noción de “mano invisible”. No obstante, los economistas católicos no constituían un bloque homogéneo y las discusiones en modo alguno estaban saldadas. Las actitudes ya no podía ser reducidas a la unidad. En el comienzo del gobierno del general Juan Carlos Onganía, el economista católico Felipe Tami y un equipo colaborador –todos ligados a un arco católico que vinculaba la Democracia Cristiana y el humanismo universitario– se hicieron cargo de la presidencia del Banco Central, aunque pronto tuvo que dimitir por desacuerdos con el ministro de Economía y Trabajo, Jorge N. Salimei.²⁹ Pero, a la vez, en el mismo año de 1966 el experto “heterodoxo” Aldo Ferrer era invitado a exponer entre los miembros de la Corporación de Economistas Católicos sus argumentos sobre la viabilidad de un desarrollo industrial a pesar de las contradicciones entre la sustitución de importaciones, la acumulación de capital y los desequilibrios externos.³⁰

A mediados de la década del sesenta es preciso destacar la divergencia cultural que separaba a los economistas católicos de vieja escuela, como Moyano Llerena y Belaúnde, y una nueva hornada, con una carga identitaria católica públicamente menos abierta y una mayor orientación hacia la formación académica norteamericana. Su definición académica anclaba en prácticas especializadas en la economía como disciplina. No eran, como buena parte de sus antecesores, abogados o ingenieros dedicados a los temas económicos. Una figura representativa de esta novedad generacional fue José María Dagnino Pastore (n. 1933). Con estudios de posgrado en las universidades de California y Harvard, Dagnino Pastore fue ministro de Economía de dos dictaduras militares.³¹ Aunque fue profesor de la Universidad Católica Argentina y

²⁷ MOYANO LLERENA, C., “El capital extranjero”, *PEA* 5, junio de 1958.

²⁸ MOYANO LLERENA, C., “Un problema de autoridad”, *PEA* 20, primavera de 1962.

²⁹ GHIO, J. M., *La Iglesia Católica en la política argentina*, Buenos Aires, 2007, p. 171.

³⁰ La conferencia fue publicada más tarde en: FERRER, A., “El desarrollo de las industrias básicas y la sustitución de importaciones” (pp. 475-495), en M. BRODERSON (comp.), *Estrategias de industrialización para la Argentina*, Buenos Aires, 1970.

³¹ Como señala Juan Carlos de Pablo, Dagnino Pastore fue el primer titular de la cartera de Economía con un PhD en su haber: DE PABLO, J. C., “Economists and Economic Policy: Argentina since 1958”, disponible en: www.aaep.org.ar/espa/anales/pdf_99/de-pablo.pdf. [acc. 20/06/2009] Moyano Llerena pasó dos años en Oxford (1937-1939) realizando estudios de posgrado, pero su viaje no constituyó una práctica

los contactos de una sociabilidad tejida por cercanías confesionales fueron estructurantes en su trayectoria, la identidad religiosa era secundaria en su actuación como economista. Lo mismo puede decirse de estudiosos coetáneos o más jóvenes, como Javier R. Villanueva (n. 1927) y Juan José Llach (n. 1944). Pero si en Moyano Llerena la diferencia al respecto era notoria, y aun cuando los lenguajes y bibliografías empleados situaban a éste en un mundo menos actualizado, sus concepciones iban convergiendo en cuanto ya no se las podría identificar como una perspectiva específicamente católica. Cuando Dagnino Pastore asumió el ministerio de Economía en la fase final del gobierno de Juan Carlos Onganía, su evaluación de la herencia legada por su antecesor, Adalberto Krieger Vasena, era positiva, y su estrategia consistió en mantener la estabilidad monetaria y reducir el déficit fiscal. Su objetivo a largo plazo fue brindar las condiciones para un desarrollo de la industria pesada creando una mayor participación del capital nacional en la producción industrial, y controlando la inflación por medio de la contención de la demanda. Al mismo tiempo propugnó el fomento de la exportación a través de créditos y reintegros. Como muestra un examen de las “influencias doctrinarias” en su actuación ministerial, el monetarismo tenía una relevancia absolutamente primordial sobre una base teórica cristiana sin efectos técnicos significativos.³²

Moyano Llerena fue el primer ministro de Economía del gobierno militar de Roberto Levingston, en junio de 1970. Durante su breve gestión de poco más de cuatro meses, intentó recuperar la línea definida por Krieger Vasena.³³ Las dificultades para continuar esa senda condujeron a su reemplazo por Aldo Ferrer, quien instrumentó una proyección de corte nacionalista y neodesarrollista. La crisis del gobierno militar condujo al retorno del peronismo al poder en 1973. Su dramática caída confirmó a los ojos de intelectuales como Moyano Llerena la imposibilidad de resolver el intrínsculo populista sin acudir a una receta drástica.

Las exigencias de la hora fueron articuladas por Moyano Llerena en un “esquema” que distribuyó entre sus colegas economistas católicos. En él señalaba que se había producido un desplazamiento de la cuestión social a la del desarrollo y el subdesarrollo. Entre las últimas no había diferencias excepcionales; eran posiciones “normales” ligadas a las capacidades productivas y, particularmente, a la facultad de utilizar tecnología de manera eficiente. Antes que la redistribución de los ingresos, es preciso asumir “el duro esfuerzo que reclama el desarrollo”. En ese orden de pensamiento, e introduciendo un debate por entonces urticante en el catolicismo,

habitual entre los intelectuales católicos de su generación, ni tuvo una relevancia ideológica en su formación.

³² VERCESI, A. J., “Influencias doctrinarias en la política económica de la Revolución Argentina (1967-1970)”, disponible en: www.aaep.org.ar/espa/anales/pdf_01/vercesi.pdf [acc. 2/7/2009], elaborado en 2001.

³³ A pedido de Krieger Vasena, Moyano Llerena había preparado en 1967 el esquema del “Acuerdo voluntario de precios”. La aceptación empresarial del acuerdo fue facilitada, como admite el propio Moyano Llerena, por el hecho de que varios de los dirigentes del sector eran amigos suyos. DE PABLO, J. C., *La economía que yo hice. Volumen II*, Buenos Aires, 1986, pp. 69-70.

discutía la interpretación de la encíclica *Populorum Progressio* como un alegato a favor de los pobres y en contra de los ricos.³⁴ Es que la actual pobreza, aseguraba, no era causada por la injusticia, interna o externa. Era falsa la interrelación entre injusticia y subdesarrollo; se trataba de un “escapismo moralizante”. El cambio real debería estar sostenido por el progreso tecnológico como fundamento del desarrollo, lo que es “la clave de todo el problema”. Para lograrlo era necesario elevar la “calidad” de los hombres. Antes que incrementar el consumo de “los menos capaces”, era imprescindible aumentar su “capacidad” productiva. La conclusión de Moyano Llerena era la siguiente: “el orden cristiano no exige tanto altos niveles de consumo, cuando las condiciones para que el ser humano pueda alcanzar toda su posible plenitud”.³⁵

El viraje conceptual respecto de las convicciones de Moyano Llerena estaba consumado; y en ese sentido su caso es representativo. Habían cedido las actitudes ambivalentes del reformismo bien moderado del período de entreguerras, alejándose de todo “populismo”. Los economistas católicos, distantes de la búsqueda de nuevos horizontes extendida entre las filas más jóvenes del catolicismo durante la década, adoptaron una senda de identificación con el derecho del capital a regular la sociedad, y por consiguiente secundarizaron los preceptos de la “doctrina social de la Iglesia” a la verdad de la estabilidad monetaria y la “apertura al mundo”. Los economistas más jóvenes, generalmente graduados en universidades norteamericanas, comenzaban a instituirse en la especialidad disciplinaria como técnicos de la acumulación del capital. Por ejemplo, a través de la dirección de consultoras especializadas. Entre ellos encontramos a competentes especialistas como Javier González Fraga y Juan Carlos de Pablo, individuos con “posiciones de sujeto” que posibilitan ser por un lado economistas próximos al liberalismo y, por otro lado, ser católicos convencidos. No era sencillo, en este momento del desarrollo de una cultura económica internacionalizada, que se impusiera una práctica de la ciencia económica católica, tal como todavía proponía Valsecchi en un discurso de 1974 sobre el tema en la Universidad Católica Argentina, en la que la orientación no fuera el espíritu de lucro liberal o el afán de poder totalitario, sino el “*espíritu de pobreza* de las bienaventuranzas evangélicas”.³⁶

³⁴ La intervención polémica de Moyano Llerena se comprende mejor dentro de los debates al interior del catolicismo propios de la conmoción que rodeó al Concilio Vaticano II (1962-1965) y las sucesivas declaraciones –entre ellas las vaticanas– que alertaron contra las consecuencias de la desigualdad y la injusticia social. En América Latina este movimiento alcanzaría una expresión significativa con el “Documento de Medellín”, de 1968, en que se manifestó una “opción por los pobres” en el seno de los religiosos latinoamericanos. No obstante, esa expresión había sido precedida por prolongadas discusiones que también estuvieron presentes en todos los ámbitos del catolicismo argentino.

³⁵ MOYANO LLERENA, C., “Esquema sobre desarrollo”, dactilogr., 1967, Archivo Valsecchi, 8/44.

³⁶ VALSECCHI, F., “El sentido de la Escuela de Economía de la Universidad Católica Argentina” (1974), *La reconstrucción de la ciencia económica sobre el fundamento ético-cristiano/El sentido de la Escuela de Economía de la Universidad Católica Argentina, Documento de Trabajo 15*, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales-Departamento de Economía, 2007.

Entre tanto, la vitalidad y prestigio de la Corporación de Economistas Católicos estaba francamente disminuida. Sus reuniones consistían en poco más que una cena mensual en la que se conversaba alrededor de una ponencia. La visibilidad profesional era menor, a tal punto que un estudio de principios de los setenta se podía referir a la Corporación como una institución que “incluye a un número de economistas con una posición ideológica basada más en las encíclicas de los papas que en la preparación científica”.³⁷

La dictadura militar implantada en 1976 contó con el asentimiento y aún el apoyo de núcleos importantes de los economistas católicos, que así constituían una tradición, pues habían colaborado con todos los gobiernos *de facto* desde 1930. Las aceitadas conexiones con la alianza de las clases propietarias y el gobierno castrense, por cierto, contó con la anuencia de algunos de los economistas aquí considerados. Esto puede ser observado en un evento como la Primera Conferencia sobre Modernización Industrial realizada en noviembre de 1980. Auspiciada por la Secretaría de Estado de Desarrollo Industrial, cuyo titular era el licenciado Alberto L. Grimoldi, contó con la palabra de Valsecchi en su sesión inaugural, en su calidad de vicerrector de la UCA; Valsecchi habló en compañía del presidente de la reunión, el ingeniero Manuel R. Sacerdote y el ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz.³⁸ Con su peculiar inclinación a preservar un discurso de basamento pontificio, el argumento del vicerrector seguía orientado por las palabras de Pío XII dirigidas a los dirigentes de empresa en enero de 1952.

En la etapa final del gobierno militar, durante el conflicto con Gran Bretaña, Moyano Llerena continuó su esfuerzo por hacer coexistir, dentro de una defensa del proyecto dictatorial, una comprensión monetarista de la macroeconomía, un reclamo de incremento de la productividad en lo microeconómico, con la perspectiva de una producción industrial competitiva y con capacidad exportadora.³⁹ Otros casos conservaron una discursividad más tradicional. En un texto de 1969 sobre la presencia del Estado en la economía, Valsecchi había distinguido entre la intervención política y la intervención social del estado. La primera sería propia de los “países autocráticos”, y la segunda de los “democráticos”.⁴⁰ La posterior nueva publicación del escrito en un número de la revista católica *El Derecho*, una década más tarde, conservó exactamente el mismo texto, salvo por el recorte de la situación en la Argentina y agregó una “Conclusión” en la que se indicaba que la encíclica *Mater et Magistra* estipulaba un

³⁷ SUÁREZ, F., *Los economistas argentinos. El proceso de institucionalización de nuevas profesiones*, Buenos Aires, 1973, pp. 67-68.

³⁸ Es preciso aclarar que aquí no consideramos a J. A. Martínez de Hoz un “economista católico”. Aunque el ministro tuvo en su juventud un pasaje por la Democracia Cristiana, su actuación ministerial después de 1976 no tuvo un signo específicamente católico.

³⁹ MOYANO LLERENA, C., “La economía argentina ante el conflicto armado”, *La Nación*, 1º de mayo de 1982.

⁴⁰ VALSECCHI, F., “La economía en la Argentina, hoy. Presencia del estado en la vida económica” (pp. 311-337), en AAVV, *Qué es la Argentina*, Buenos Aires, 1969.

equilibrio entre la iniciativa privada y la acción estatal, de manera favorable al “desarrollo integral de la persona humana”, lo que sólo se obtendría “con la prudencia de los gobernantes y el espíritu de solidaridad de los ciudadanos”.⁴¹

El mundo unipolar y el liberalismo

En 1982 Moyano Llerena fundó la revista *Valores en la Sociedad Industrial*, publicación del Centro de Estudios de la Sociedad Industrial, unidad de investigación en la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Católica Argentina. El título de la revista explicitaba la vocación de analizar desde la ética social cristiana la dinámica de la sociedad industrial y sus fluencias hacia una de corte postindustrial. Significativamente, la presentación del número inicial reconocía el “contraste” entre los valores proclamados y “los hechos” de la “realidad”.⁴²

Durante la década de 1980, Moyano Llerena expresó sus pareceres en numerosos artículos aparecidos en el diario *La Nación*, luego recogidos en libros breves, en los que explayó una serie de núcleos duros de su pensamiento tras el cierre del período dictatorial. En sus textos prevalece la crítica del hábito “populista” de las pujas entre las clases y entre los sectores de clase, y de la búsqueda de un amparo estatal, con el resultado de una ineficiencia general de la economía.⁴³ Los dos grandes enemigos del desarrollo económico serían la baja productividad y la consiguiente incapacidad para competir en mercados externos. La posibilidad de una superación de la dialéctica entre populismo e inflación aparecía como el fundamento de su crítica de la teoría de la “dependencia”. Al mismo tiempo, dentro de la problemática de una sociedad postindustrial por venir, retomando temas antiguos de la posición católica, conservaban sus fueros las cuestiones de la educación y de la pobreza. Para resolverlas

⁴¹ *El Derecho*, año 18, n° 4716, 15 de mayo de 1979. Es útil mencionar las preguntas que el director de la publicación, Germán Bidart Campos preparó para la encuesta a los economistas católicos: 1) ¿Qué entiende Ud. por la llamada economía “nacional”?; 2) ¿Qué entiende Ud. por “planificación” económica?; 3) ¿Qué entiende Ud. por “libertad económica”?; 4) ¿Cree Ud. que tienda a crear, conservar, o consolidar una economía “nacional”, es compatible con la libertad económica?; 5) ¿Cree Ud. que esa misma política que alude la pregunta 4 es compatible con el principio de subsidiaridad?; 6) Cualquiera sea su respuesta las preguntas anteriores, sírvase aclarar qué criterios deben seguirse para que la llamada economía “nacional”, la “planificación” económica y la “libertad” económica respeten el principio enunciado por la doctrina pontificia de que la economía debe estar al servicio del hombre.

Sobre el punto 4, de evidente importancia para *El Derecho*, Valsecchi respondió: “el Estado debe ‘dejar hacer’ lo que la iniciativa privada es capaz de hacer sola, debe ‘ayudar a hacer’ lo que la iniciativa privada por si misma no alcanza a hacer, y ‘debe hacer’ lo que la iniciativa privada no puede o no debe hacer”.

⁴² MOYANO LLERENA, C., “Presentación. Una nueva revista”, *Valores en la Sociedad Industrial* (en adelante *VSI*) 1, 1982.

⁴³ OBERST, T., “El pensamiento del Dr. Carlos Moyano Llerena. Hacia un desarrollo basado en valores” (pp. 23-25), UCA-Escuela de Economía, *Documentos de Trabajo* 31, 2009.

era insuficiente la acción del mercado. Allí persistía la nunca eliminada crítica al liberalismo más radical.⁴⁴

La última evolución del pensamiento católico en economía estuvo condicionado por el derrumbe del bloque comunista entre 1989 y 1991. En ese momento la dicotomía entre el capitalismo y el comunismo, constitutiva de la ubicación del enfoque católico de la economía como una tercera perspectiva perdió vigor. La encíclica *Centesimus Annus* (1991), que Juan Pablo II dio a conocer en el centenario de la *Rerum Novarum*, ofreció un punto de vista en el que la economía de mercado era distinguida del capitalismo de corte neoclásico. Al respecto, el secretario de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, Gerardo T. Farrel, expresó que ello posibilitaba sostener una ciencia económica que reconociera la evidencia de los mecanismos mercantiles elucidados por la escuela clásica, pero que estuviera inspirada por principios diferentes a los de la pura ganancia. De allí que fuera necesaria una revisión del vínculo entre economía y ética.⁴⁵ En su lectura de la nueva encíclica, Moyano Llerena, subrayó el lugar complementario al libre mercado que el documento asignaba al Estado, como garante del bien común y la solidaridad. El “límite” que el Estado debía imponer al mercado era la salvaguarda de la dignidad y libertad humanas. La libertad económica era sólo un aspecto de esta última. El “categórico rechazo” hacia la ideología del dominio inmoderado del mercado no afectaba los mecanismos del mismo, que ya no aparecían moldeados por una planificación, sino enmendados en sus derivas lesivas de la dignidad y la colectividad.⁴⁶

En la búsqueda de un puente entre ambos territorios heterogéneos dentro del propio planteo católico, apareció una nueva generación de estudiosos, con autores como Ludovico Videla y Carlos Hoevel. Como sus antecesores, los nuevos economistas gozan de excelentes vinculaciones con el poder económico más concentrado y las instituciones académicas católicas. Videla, por ejemplo, alcanzó el rango de director ejecutivo de la Fundación Bunge y Born. La fractura entre la noción de maximización de las utilidades por las empresas y el resguardo de una “responsabilidad social” constituye para este sector de economistas un problema reflexivo y no un proyecto de reforma social institucionalmente realizable. Tal brecha interna parecía superable en las décadas iniciales del recorrido secular de la economía católica, cuando su matriz epistémica excedía al mercado. Recordemos que para Bunge, la amplitud de incumbencias de su pensamiento permitía abordar un objeto teórico más vasto, creador de las condiciones de la producción y el intercambio mercantil. Por eso el Estado

⁴⁴ MOYANO LLERENA, C., *La pobreza de los argentinos. La decadencia nacional y la esperanza de un futuro distinto*, Buenos Aires, 1987; *El futuro posible. La incorporación de la Argentina al Primer Mundo*, Buenos Aires, 1989.

⁴⁵ FARREL, G. T., “Introducción” (pp. 7-11), en AA. VV., *Ética y capitalismo. Perspectiva latinoamericana*, Cuadernos del INCAPE 3, 1995.

⁴⁶ MOYANO LLERENA, C., “Colectivismo marxista, capitalismo liberal y doctrina social de la Iglesia” (pp. 31-34), *Ética y capitalismo. Perspectiva latinoamericana...*, op. cit.

cumplía un papel fundamental en su imaginación social. Teoría y práctica eran pensadas en continuidad.

Para las generaciones posteriores, se planteó una divergencia, materializada en especializaciones profesionales, entre un técnico como Javier González Fraga, y un teórico como Carlos Hoevel. Aunque ambos economistas son católicos, sus quehaceres específicos se hallan disociados en senderos sólo retóricamente convergentes. Mas no habría que observar allí una contingencia reciente. Es coherente con la historia seguida en este trabajo pensarla como la fractura de una tensión que siempre habitó la doble adscripción de la economía católica a la sociedad moldeada por el capital, en la que quiso hacer incidir una cierta contención “social” de fundamento metafísico. En los tiempos del auge neoliberal, Juan Carlos de Pablo podía distinguir en una conferencia dirigida a estudiantes católicos de economía, entre el terreno del “ser” de la realidad en el campo específico de los hechos económicos, y el “deber ser” de la política económica. En ese marco, los economistas católicos no se diferenciaban nítidamente de otros profesionales de la economía. Puesto que la “buena economía” sería universal, la verdadera diferencia se entablaría con los políticos que la violentan en beneficio de sus fines particulares.⁴⁷

En la entrevista que Alberto J. Vercesi realizara a Moyano Llerena, éste indicó en su biografía intelectual la ausencia de una auténtica influencia de Keynes. Esa referencia parece cierta en el plano teórico, porque en el autor de *Teoría general* faltaba el trasfondo ético tal como lo reclamaba el catolicismo. Es interesante que el entrevistador inquiriera seguidamente si la influencia efectiva, en cambio, pudiera ser la del monetarismo de corte neoclásico. Es que, en efecto, la insistencia de Moyano Llerena sobre la estabilidad de los precios y el equilibrio fiscal tenía notorias afinidades con esa escuela. Pero su respuesta fue nuevamente negativa. Moyano Llerena recordó entonces su formación en Oxford, donde primaba la economía política clásica, a la que añadió su “formación social cristiana”. No obstante, contradiciendo sus afirmaciones inmediatamente precedentes, el entrevistado reveló la división de su pensamiento, entre un aspecto objetivo neoclásico y los reparos morales cristianos: “Durante años y años he tratado de conciliar esos dos enfoque sin éxito. Porque no es posible conciliar la Doctrina Social de la Iglesia con la teoría económica neoclásica y sus variantes”.⁴⁸ Es claro que esa dualidad no podía ser resuelta a favor de un cuestionamiento de la lógica automática del capital, ante algunas de cuyas consecuencias –la pobreza la primera de ellas– la Doctrina Social de la Iglesia anteponía reparos. Pero en la travesía del siglo XX, la vocación del cambio histórico de los economistas católicos fue abandonada. La crisis de la bipolaridad geopolítica entre el capitalismo euroamericano y el comunismo

⁴⁷ DE PABLO, J. C., “Política, política económica, economía política y politización”, *Criterio* 14, marzo de 1991.

⁴⁸ VERCESI, A. J., *Política económica argentina. Conversaciones con los hacedores de la política económica*, Buenos Aires, 2009, p. 27.

soviético, sostén de una cierta independencia de la imaginación moral de la economía católica, perdió su vigor estratégico para diseñar políticas económicas generales.

En los últimos años, los economistas católicos están ampliamente diseminados en la red de instituciones universitarias, consultorías, empresas, asociaciones de empresas y fundaciones. Por ejemplo, la ACDE, antes mencionada, cuenta con un cuerpo colaborador de economistas entre quienes podemos citar a Santiago Bergadá, Orlando Ferreres, Enrique Folcini, Juan C. Olivero, Manuel Solanet, Ludovico Videla, Rafael Braun, Juan José Ezama, Martín Lagos y Héctor Rodríguez.⁴⁹ El anclaje final de este recorrido lo muestra el cambio de título de la revista *Valores* por *Cultura Económica*, en mayo de 2007, en el que la reivindicación de una adscripción moral cristiana carece de fuerza identitaria frente a la definición de una lógica económica.⁵⁰

Un documento de trabajo preparado por Videla muestra una fase reciente del pensamiento económico católico. Su escrito es útil porque está dedicado a la obra de Alejandro Bunge, y por lo tanto constituye un oportuno instrumento para cerrar este recorrido regresando al principio. Así las cosas, Videla intenta valorar a Bunge y actualizarlo para el siglo XXI. El texto carece de toda referencia sustantiva a la industrialización. Videla pasa rápidamente sobre la relación entre el programa de Bunge y el primer peronismo. En ese momento cita aprobatoriamente al presbítero Julio Meinvielle cuando éste plantea que “el peronismo es el encanallamiento sistemático, que lo empujaba a usar las mejores banderas para bastardearlo todo”. Las preocupaciones principales de la lectura propuesta son el déficit habitacional y el gremialismo de los trabajadores. En segundo lugar se encuentran la ausencia de una política educativa y la desidia que permite la inmigración de una “numerosa masa de indigentes” de los países limítrofes.⁵¹

No obstante, un balance contemporáneo quizá deba observar otras posiciones que asuman la insuperable ambivalencia del pensamiento económico católico entre la Economía como ciencia social, autónoma, y la moral cristiana como correctivo de la leyes económicas. Es el caso de la postura del sociólogo José Enrique Miguens, quien en un artículo de *Cultura Económica* plantea la distancia entre las teorías puramente económicas y la limitación moral que plantea el catolicismo. Al hacerlo convoca la palabra de autores tan diferentes como Keynes, Amartya Sen y Joseph Stiglitz.⁵² Ricardo F. Crespo, por su parte, argumenta que la autonomía radical del discurso económico universitario revela la apertura a un nuevo diálogo con otras disciplinas en la recuperación de una visión más integral.⁵³ Las referencias a los economistas católicos como tradición intelectual se desvanece. La escisión capitalista entre lo objetivo (la

⁴⁹ ACDE, *Memoria 2000*.

⁵⁰ Consejo de Redacción, “Carta a nuestros lectores. *Cultura Económica*. Nuestro nuevo nombre como renovación en la continuidad”, *Cultura Económica* 68, mayo de 2007 (continúa la numeración de VSI).

⁵¹ VIDELA, L., *Alejandro Bunge y los problemas económicos del presente*, *Papeles del IIES / IIES Occasional Papers* 2, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales Francisco de Vitoria, 2009.

⁵² MIGUENS, J. E., “Nuevos temas éticos en ciencia económica”, *Cultura Económica* 68, mayo de 2007.

⁵³ CRESPO, R. F., “Algunas novedades en el pensamiento económico en los últimos 20 años”, *VSI* 58, 2003.

economía) y lo subjetivo (la moral) constituye hoy una dualidad insuperable para el pensamiento económico católico.

Conclusiones

El recorrido por la historia de los economistas católicos en la Argentina puede ser analizado en el cruce del plano internacional y el nacional. Desde la dimensión internacional, la economía católica pensada en la Argentina reveló los obstáculos para definir una perspectiva teórica en materia económica a partir de la “Doctrina social de la Iglesia” establecida por León XIII en su encíclica de 1891. Con ese texto y posteriores escritos relativos a la llamada cuestión social, hasta la encíclica de Juan Pablo II aparecida de 1991, los economistas de orientación católica forjaron una perspectiva de saber que intentaba conciliar el ejercicio de un conocimiento especializado sobre la producción y distribución del valor mercantil, por un lado, y el respeto de los “valores” humanos, por otro lado. Con el declive de la propuesta de una salida industrial a las imposibilidades de un crecimiento cualitativo, cuyo representante final fue Moyano Llerena en la década de 1980, la divergencia dentro del dualismo teórico de los economistas católicos se consolidó. Entonces fue posible que en pleno neoliberalismo un equipo de economistas católicos pudiera colaborar en un Ministerio de Desarrollo Social inscripto en la ideología menemista de un imperio irrestricto del mercado.⁵⁴ Esa ideología no era la explícita de la economía católica. Sin embargo, la brecha entre valor mercantil y ética posibilitaba que los males del abuso en la búsqueda de ganancia pudieran ser atenuados por la vigencia de una reparación social de tipo estatal.

En los últimos lustros del siglo veinte y en los que lleva recorridos el siglo veintiuno, la figura del economista católico tal como se la conoció en las décadas intermedias del siglo pasado casi se ha desvanecido. Los católicos que se dedican profesionalmente a la economía no se diferencian por sus modalidades de legitimación de los economistas incrédulos o adherentes a otras convicciones religiosas. De allí que las fórmulas “católico economista” y “economista católico” no remitan al mismo referente conceptual; no se trata de enunciados reversibles. Ese desasimiento puede ser comprendido como un efecto de secularización, efecto en el que es relevante el concepto weberiano de Pierre Bourdieu sobre la constitución de un “campo” específico de legalidad autónoma aunque inscripto en las relaciones sociales globales de una sociedad.⁵⁵ Al mismo tiempo, los resultados de nuestra indagación dialogan con la tesis

⁵⁴ “Un equipo con sello menemista”, *Clarín*, 5 de mayo de 1998. Entre los economistas católicos que asesoraban al ministro Ramón Ortega se encontraban Ludovico Videla, Patricio Zavalía Lagos, Orlando Ferreres, Héctor Fernández Saavedra y Paulino Ríos. El “equipo” menemista también incluía al economista Horacio Rodríguez Larreta y la “ecónoma” Lita de Lazzari.

⁵⁵ BOURDIEU, P., “Champ intellectuel et projet créateur” (pp. 865-906), *Les Temps modernes* 246, 1966; del mismo autor, *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*, París, 1992. Sobre el concepto de “campo” en Bourdieu y sus dilemas: CALHOUN, C., LIPUMA, E. y POSTONE, M. (eds.), *Bourdieu. Critical Perspectives*, Chicago, 1993; SHUSTERMAN, R. (ed.), *Bourdieu. A Critical Reader*, Oxford, 2000.

de Mark Chaves respecto de que la “secularización” no entraña necesariamente una declinación de la religión como un desplazamiento de la autoridad religiosa en planos de legitimidad que adquieren sus propios protocolos de validez.⁵⁶

Los economistas católicos en la actualidad constituyen un matiz en el continente de una profesión de economista estrechamente ligada a la reproducción ampliada del capital, es decir, a la autovalorización del valor. Esa lógica donde la lógica de la ganancia que se mueve a sí misma (la búsqueda del beneficio como móvil de la actividad económica), socava la aspiración católica de imponer una restricción ética al imperio inmoderado de la búsqueda egoísta del beneficio. Es importante entonces explicar a través de la efectividad de relaciones sociales en la que se hallan inmersos, la funcionalidad contemporánea de los economistas católicos, cuya existencia está asentada sobre la hegemonía capitalista. Esto se observa en los financiamientos, por medio de donaciones o pago de servicios, a universidades, foros y publicaciones (por ejemplo, *Valores* fue financiada por la Fundación Perez Companc; *Cultura Económica* por las firmas Siderar y Deloitte), en las empresas dirigidas por los propios economistas (como La Salamandra, de González Fraga), etc. Es comprensible entonces que Ludovico Videla –animador de Instituto de Investigaciones “Dr. Francisco Valsecchi”– pueda ofrecer una definición genérica de la particularidad del economista católico: “partir de las verdades de nuestra fe para enriquecer la dimensión interdisciplinar de la doctrina social y enriquecer la ciencia con horizontes más amplios, que permitan una mejor comprensión del hombre”.⁵⁷ Los enfoques de Bunge, e incluso de Moyano Llerena, están lejos de la imaginación científica de los economistas católicos de hoy. El enlace entre las reflexiones éticas macro pero sobre todo micro-económicas, están a distancia de tornarse en “políticas económicas”.

Es significativo que actualmente se encuentre en curso un proyecto sobre la historia de los economistas católicos en la UCA, encuadrado en su Programa de Investigación en Pensamiento Social Cristiano. La explicación de sus propósitos es la siguiente:

“El proyecto se propone rescatar la historia y la actualidad del pensamiento en economía desarrollado por los católicos en la Argentina a través del estudio de la biografía intelectual y la obra de algunos de sus principales representantes. Un estudio de esta naturaleza posibilitará la difusión de la tradición sobre la que se funda la Escuela de Economía de la UCA y su proyección futura.

“La originalidad de esta investigación radica, además, en que prácticamente no existen estudios sobre el tema. El desafío consiste, por

⁵⁶ CHAVES, M., “Secularization as Declining Religious Authority” (pp. 749-774), *Social Forces* 72 (3), 1994.

⁵⁷ VIDELA, L., “Legado y vigencia de los economistas católicos”, *VSI* 58, 2003.

tanto, en definir sus características esenciales y su potencialidad para convertirse en una opción de pensamiento en nuestro país”.⁵⁸

Por supuesto, es todavía incierto el resultado de ese emprendimiento de investigación. Es significativo que esté compuesto por tres indagaciones biográficas dedicadas a Emilio Lamarca, Alejandro Bunge y Francisco Valsecchi, partícipes los dos primeros de los inicios y consolidación de una orientación católica en la economía, testigo y actor el tercero de lo que hemos propuesto denominar un “desvanecimiento” de la identidad de los economistas católicos (una identidad que el propio Valsecchi, sin embargo, jamás resignó).

En el curso de un siglo, la economía católica cedió en su identidad intelectual y, sobre todo, en su visión reformadora de la realidad. Otra manera de pensar la mutación es bajo la tesis de la secularización: la creencia y el saber se escindieron, entre la convicción personal religiosa y la autonomía de legitimación “científica” de la ciencia.

⁵⁸ Ver: <http://www.uca.edu.ar/index.php/site/index/es/uca/escuela-de-economia/investigacion/ceec/programa-de-investigacion-en-economia-y-procesos-de-modernizacion/> [acc. 10/8/2014].